

# Narraciones populares

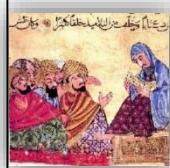
## “La epopeya de Baïbars”

E-LIBROS  
COLECCIÓN VIAJES

## LAS INFANCIAS DE BAÏBARS

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

سيرة الظاهر بيبرس



## *Del “Roman de Baibars”*

# I - Las infancias de Baibars

## Capítulo 009

### *9 – El arma maravillosa*

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 06-05-2016

Número de páginas: 13

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

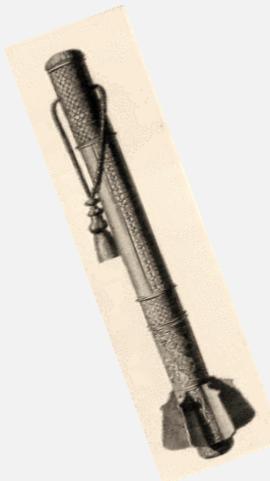
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 9 - EL ARMA MARAVILLOSA



Baïbars vivía con Dama Fâtmeh, con la que pasaba el tiempo muy feliz. Un buen día, Dama Fâtmeh le dijo:

- Hijo mío, por qué no vas a dar un paseo por los zocos de Damasco, aprovecha y diviértete, pues en Damasco, no faltan las diversiones.

Dama Fâtmeh le sacó un costoso ropaje, con el que se atavió.

- ¡Qué guapo estás, hijo mío! - exclamó al verle así vestido.

Le dio una bolsa con quinientas monedas de oro, y Baïbars se fue al zoco, acompañado, por orden de su madre, de un esclavo negro llamado Bulbul<sup>1</sup>.

Baïbars andaba paseando, con todas las miradas puestas en él, mientras la gente le señalaba diciendo:

- ¡Es el mameluco de Dama Fâtmeh, la Dama de Damasco. Le ha concedido la libertad y le ha adoptado, y además le ha donado todos sus bienes y ganancias!

El emir Baïbars caminaba, seguido de su esclavo, y cada vez que se cruzaban con un pobre, le daba lo que Dios le sugería. Así llegó hasta el zoco Jaqmaq, en donde se encontró con un viejo anticuario, aficionado al opio, sentado en su tienda, y conocido como el Hây Muhammad “el Devorador de Opio”. Delante de él, una cafetera hervía sobre las brasas, mientras él permanecía adormilado bajo el efecto de la droga.

Baïbars quiso gastarle una broma; se acercó, se puso delante de él, levantó el brazo y lo giró de golpe, lanzando las brasas, el café, y todo lo que tenía delante de él a diestro y siniestro, y le dijo a voz y en grito:

- ¡Te saludo!

El Hây Muhammad tuvo un violento sobresalto.

- ¡Y a ti que te lleve la muerte! – gritó - . ¡Has arruinado mi placer disipando el efecto del opio!

- ¿Así es como tratas a los que te saludan? - dijo Baïbars muerto de risa.

<sup>1</sup> Bulbul: pajarillo o gorrióncillo.

- Pero tú, amigo ¿qué es lo que quieres? - dijo el Hâŷ Muhammad.
- Pues quedarme en tu tienda para distraernos un rato.
- ¡Vuelve a tus asuntos, muchacho! ¡Mi tienda es mi ganapán, y yo no soy muy dado a las chanzas y además tampoco soy rico. Tú, en cambio, se ve que eres un joven con fortuna y que tu padre tiene recursos; no tienes preocupaciones y sólo piensas en divertirte para pasar el rato! Ya me has causado bastante perjuicio, me has sobresaltado, has desparramado las brasas y vertido la cafetera, ¿no es suficiente?
- ¡Déjale sentarse un momento en tu tienda, Hâŷ Muhammad!, - le dijeron los vecinos.
- ¡Bien que nos gustaría a nosotros que viniera a nuestras tiendas, pero él sólo quiere instalarse en la tuya!

Y todos invitaban a Baïbars a que entrara en sus tiendas, pero él les respondía:

- ¡No!, ¡yo sólo quiero estar donde este viejo!
- Pero muchacho, le respondía el Hâŷ Muhammad, mi tienda es mi ganapán, yo soy un devorador de opio, ¡déjame tranquilo!

Baïbars siguió importunándole, y se sentó en su tienda. Sacó una moneda de oro, se la dio a su esclavo y le dijo:

- Vete a buscar unas ascuas nuevas y veinte dirhams<sup>1</sup> de opio de la mejor calidad. Hâŷ Muhammad dile adonde puede encontrar el mejor.
- Voy a buscarlo yo mismo, dijo el Hâŷ Muhammad, porque él no lo podría encontrar.
- Como quieras, respondió Baïbars.

El Hâŷ Muhammad se marchó y Baïbars le dijo a su esclavo:

- Vete a buscar lo que nos falta.

El esclavo se marchó durante un buen rato. El Hâŷ Muhammad regresó con el opio y le dijo a Baïbars:

- ¡Bienvenido, hijo mío! ¡Tu llegada ha sido una bendición! Ponte cómodo.

---

<sup>1</sup> Dirham.- Medida de peso equivalente al “grano”, es decir, a unos tres gramos.

Baïbars ya se había instalado cómodamente, cuando pasó un vendedor de dulces; el emir Baïbars le llamó, y cuando hubo entrado, le dijo:

- Pon tu bandeja delante del Hâŷ Muhammad.

Baïbars cogió todos los dulces y le dio una moneda de oro al vendedor, que le dijo:

- Señor, no tengo cambio.

- Guárdatelo todo, no quiero que me des la vuelta.

- ¡Que Dios te lo devuelva! - respondió el vendedor al marcharse.

- ¿Pero qué vas a hacer con todos estos dulces? - preguntó el Hâŷ Muhammad.

- ¡Come, dale a tus vecinos y coge el resto para tu familia!

- ¡Que Dios te guarde para la felicidad de los tuyos! - dijo el Hâŷ Muhammad.

Le dio su propio cojín y le invitó a sentarse. El esclavo regresó con las ascuas para el brasero y el café; el Hâŷ Muhammad avivó el fuego, hizo hervir el café, se metió una buena dosis de opio, sirvió el café a Baïbars y se pusieron a charlar. Todos los habitantes de la ciudad que pasaban cerca de ellos apuntaban a Baïbars con el dedo diciendo:

- Ese es el que ha heredado toda la fortuna y bienes de Dama Fâtme.

Cada vez que un vendedor pasaba por allí, Baïbars le compraba toda su mercancía; comía, le ofrecía al Hâŷ Muhammad y a sus vecinos, y le decía:

- Coge el resto para tu familia.

Al ver esto, el Hâŷ Muhammad le dijo a Baïbars:

- Hijo mío, ven aquí todos los días, mi tienda es un lugar atractivo, y este zoco es muy frecuentado, verás pasar a los jóvenes más bellos del país y, si se te presenta alguna aventura, hijo mío, mi casa está vacía... Mañana, te traeré un cojín y un almohadón.

Baïbars sonrió ante esa proposición; continuaron charlando hasta el mediodía; Baïbars mandó al esclavo a comprar unos pinchitos para comer, y almorcizaron juntos. El estómago satisfecho, se fueron a lavar las manos, y la dicha del Hâŷ Muhammad era digna de verse. Se puso a gastar bromas a Baïbars, pues el Hâŷ era un alegre conversador.

En eso estaban, cuando llegó un beduino que preguntó al Hâŷ Muhammad si tenía puñales.

- Aquí tienes, - respondió, mostrándole uno.

- ¿Cuánto vale?
- Tres *paras*<sup>1</sup>.
- Te doy dos.
- Llévatelo por nada, dijo Baïbars, ¡te lo regalo!
- ¡Que Dios te lo devuelva y que Él te guarde! - respondió el beduino que se marchó con su puñal.

Pero el Hâŷ Muhammad se puso furioso:

- ¡Yo he pagado dos paras por ese puñal! ¿qué haces tú metiéndote en esto? - protestó el Hâŷ.
- Baïbars sacó una moneda de oro y se la dio.
- ¿Pero qué es esto? - preguntó el Hâŷ Muhammad.
- Esto es el precio del puñal.
- Pues mira qué bien, ale ¡hazme unas cuantas ventas más como ésta!

Baïbars se quedó bromeando con el Hâŷ Muhammad hasta bien entrado el medio día. En el momento de partir, sacó un puñado de monedas de oro y se lo dio diciéndole:

- ¡Cógelas para mejorar tu situación!

Luego se marchó. El Hâŷ Muhammad cerró la tienda y volvió a su casa. Nada más llegar se puso a gastar bromas y a jugar con sus hijos.

- ¡Alabado sea Dios! ¿Qué te ha puesto hoy tan contento? - le preguntó su mujer.
- ¿Te ha procurado Dios un buen negocio?
- Hoy ha venido a mi tienda el hijo de un rico mercader extranjero; se ha quedado allí hasta la tarde, se ha gastado unas cuatro o cinco monedas de oro, y, al marcharse, ¡aún me ha regalado otro puñado de monedas, que bien puede llegar a unas cincuenta!
- Procura mostrarte amable con él para que vuelva todos los días, - dijo la mujer -. ¡Y no vayas a decirle, como haces siempre, demasiadas tonterías!

---

<sup>1</sup> Un *para* valía 1/40 de piastra.

- No es un muchacho orgulloso: hoy le he estado gastándole bromas en varias ocasiones y siempre se lo ha tomado a bien - respondió el Hâŷ Muhammad.

El Hâŷ y su mujer se fueron a acostar, y, al día siguiente, su esposa le despertó temprano, le dio dos almohadones y dos cojines y le dijo que se los llevara a la tienda. El Hâŷ Muhammad los cogió, y, cuando llegó a su puesto, lo abrió, lo barrió y dejó todo preparado; encendió la lumbre, puso a hervir el café y esperó a Baïbars.

Veamos ahora lo que pasó con Baïbars...

En cuanto volvió a casa de Dama Fâmeh, ésta lo estrechó entre sus brazos, y le dijo:

- ¡Te he echado mucho de menos, luz de mis ojos!

Y le dio un beso en la frente haciendo que se sentara en el lugar de honor.

- Espero que te lo hayas pasado bien, dijo ella.

- Sí, desde luego.

- ¿Adónde has ido? Cuéntame.

- Estuve en la tienda de un vejete llamado el Hâŷ Muhammad “el devorador de opio”, ¡y de veras que me he divertido, madre, pues es un tipo chistoso y un alegre bromista!

- ¡Que Dios te libre de todo mal y dificultad!

Al día siguiente, Baïbars desayunó, llenó sus bolsillos de monedas y dijo al esclavo:

- ¡Vámonos a ver a nuestro amigo Hâŷ Muhammad “el devorador de opio”!

Se pusieron en camino y llegaron a la tienda del Hâŷ Muhammad, en el zoco Jaqmaq. Al verles llegar, se levantó de un brinco y les dijo:

- ¡Bienvenidos, bienvenidos! ¡Tu llegada es una bendición!

Cogió a Baïbars por el brazo, le hizo sentarse sobre el cojín, y le sirvió una taza de café. Baïbars charlaba con él, y se comportaba lo mismo que el día anterior; llegada la tarde, le dio un puñado de piezas de oro, y luego se fue a contarlos todo a Dama Fâtmeh.

- ¡Que Dios te libre de las penas de la existencia! - le dijo ella.

Así pasaron muchos días: Baïbars se llegaba hasta la tienda del Hâŷ Muhammad y le daba dinero; hasta que éste acabó por tener mucho. Un día en que Baïbars estaba sentado en la tienda

del Hây Muhammad, charlando con él como de costumbre, pasó un tratante con una maza de hierro de seis caras que andaba subastando.

- Cincuenta y cinco, ¿quién dice más? Gritaba. ¡Sesenta y la maza es de él!
- Dame esa maza que la examino, dijo Baïbars.

El tratante se la tendió: era una maza de seis caras, y cada cara a su vez presentaba seis facetas, con cuatro amarres; todo ello fundido en una sola pieza.

- ¿Y esto qué es? - preguntó Baïbars intrigado.

Se volvió para mostrar el objeto al Hây Muhammad, pero éste ya estaba adormecido. Entonces Baïbars le arrojó la maza sobre las rodillas, y el otro pegó tal salto que su turbante fue a parar al medio de la calle, mientras Baïbars se partía de risa.

- ¿Qué es esto? - preguntó el Hây Muhammad.
- Es lo que llevaba el tratante, y a mí me apetece comprarlo, respondió Baïbars. ¿Como cuánto puede valer?
- ¿A cuánto van las pujas? - preguntó Hây Muhammad.
- A cincuenta y cinco, respondió el subastador. ¡Piénsatelo bien, muchacho!
- ¿Me la dejas por sesenta?
- ¡Ojalá y que te traiga suerte!

El emir Baibars sacó sesenta piastras y se las dio al tratante.

- ¡Son sesenta *paras*, no sesenta piastras! le aclaró el subastador.
- ¡Ya te he dado las piastras, y no las voy a coger de vuelta! - respondió Baïbars.
- ¡Eh, dale las sesenta *paras* y pásame a mí la diferencia! - dijo el Hây Muhammad.
- ¡Hây Muhammad déjame hacer el bien! Por Dios, que no cogeré de nuevo ese dinero.
- Pues entonces, que Dios te lo doble y te conceda cuanto deseas, - respondió el subastador.

Ahora bien, esa maza pertenecía a un campesino de la comarca de Damasco: un día que andaba labrando la tierra, el arado de su aparejo se quedó enganchado. Fue a ver qué es lo que lo bloqueaba y encontró la maza sepultada en la tierra; la sacó y se dijo:

- Mañana bajaré a Damasco y si la puedo vender por unos cuantos *paras*, podré hacer algunas compras para los míos.

Así que unos días más tarde, bajó a Damasco, confió la maza al subastador y se apostó a la entrada del zoco para no perderle de vista. Cuando el tratante hubo concluido el negocio con Baïbars y cogido las sesenta piastras, volvió hasta donde estaba el campesino, y le dijo:

- ¡Dame tu mano! - y le puso cincuenta y cinco *paras*, diciéndole:

- He sacado sesenta *paras*, cinco para mí, y aquí están las otras cincuenta y cinco que te corresponden.

El campesino las cogió y se fue.

El tratante regresó a su casa, compró carne y arroz, preparó todo tipo de guisos y decidió:

- No volveré al zoco hasta que no me haya gastado toda esta plata.

Pues tal es la costumbre de los pobres cuando el Señor les concede más de lo habitual para el día a día; en cambio el rico, cuanto más dinero gana, ¡más insaciable se vuelve, al igual que sus inquietudes! Esto es pues lo que pasó con el campesino y el subastador.

En cuanto a Baïbars, sopesó la maza y dijo al Hây Muhammad:

- ¡Qué objeto tan raro! ¿Para qué puede servir?

- ¡No tengo ni la menor idea! Vete a enseñársela a los herreros.

Baïbars se fue hasta el zoco de los herreros, y les enseñó el objeto a todos los que estaban allí.

- Es una especie de arma, le respondieron, pero nosotros no hemos visto habitualmente nada parecido. A la entrada del zoco hay un maestro armero persa que sabrá decirte algo más.

De modo que Baïbars se dirigió a la tienda del persa y le saludó; el otro le devolvió el saludo.

- Mírame esta maza, -le dijo Baïbars en persa (pues Baïbars hablaba bien esa lengua, ya que él mismo era de origen persa)- y dime qué es.

El armero estuvo a punto de desmayarse al ver la maza.

- ¿Dónde la has encontrado? -preguntó.

- La he comprado.

- ¿Por cuánto?
- Por sesenta piastras.
- ¿No querrías obtener unas buenas ganancias vendiéndomela por cien piastras?
- No la vendo; si la quisiera revender, ¿por qué la habría comprado?
- ¡Doscientas piastras!
- Te he dicho que no la vendo.

El persa subió hasta veinte monedas de oro de beneficio neto sobre el precio de compra.

- ¡Aunque me llenaras Damasco de oro no la vendería!, - le dijo Baibars -.
- Este debe ser un objeto bien extraordinario para que me proponga tal precio, -pensó.

Entonces, el persa se deshizo en lágrimas.

- ¿Por qué lloras? -le preguntó Baibars.

- Debes saber que esta maza se llama el *lett de Damasco*; es obra de Dummar, hijo del rey Sayf Dhu-l-Yazal<sup>1</sup>. Yo vengo de Samarcanda, y allí soy el armero mayor del rey. Y resulta que el rey ha leído en un libro antiguo que en nuestra época aparecería en Damasco el *lett* de Dummar, que se vendería en el zoco y que aquel que lo comprara llegaría a ser rey de Egipto, de Siria y de todos los países del Islam, y Protector de las Ciudades Santas. Por eso precisamente el rey de Samarcanda me mandó a Damasco, para aguardar a que apareciera y comprarla en su nombre, y así poder convertirse en Protector de las Ciudades Santas. Hace ya diecisiete años que estoy aquí

---

<sup>1</sup> Rey legendario del Yemen preislámico; sus aventuras también han dado lugar a un romancero popular.

Sayf ibn Dhi Yazan est un roi yéménite qui régna au VI<sup>e</sup> siècle de notre ère. Il doit sa postérité à son appartenance à la riche dynastie des Yazanides qui régna sur le royaume d'Himyar et à la lutte qu'il mena contre les invasions éthiopiennes<sup>1</sup>. Il fit notamment appel aux Perses en 570 pour lui venir en aide<sup>2</sup>.

Ces faits d'armes font de lui le héros idéal d'une littérature produite en réaction aux croisades chrétiennes de l'époque médiévale et qui désire mettre en scène le triomphe de l'Islam ; en particulier contre les Éthiopiens chrétiens qui après avoir menacés le Yémen au VI<sup>e</sup> siècle freinent sérieusement l'expansion musulmane en Abyssinie. D'ailleurs, l'ennemi principal du héros n'est autre que Sayf Ar'ad, souverain éthiopien de 1344 à 1372 et une des figures phares des négus en guerre contre les princes musulmans, aux XIV<sup>e</sup> et XV<sup>e</sup> siècles. La référence à ce souverain est un des rares éléments qui permettent de dater la sirat comme postérieure. L'univers de cette dernière est donc directement inspiré des problématiques contemporaines à sa période de production.

Ce qui en fait l'originalité est l'alliance entre ces questions contemporaines de l'écriture, et une atmosphère très particulière où la magie et le mythe sont prédominants.

([https://fr.wikipedia.org/wiki/Sirat\\_Sayf\\_ibn\\_Dhi\\_Yazan](https://fr.wikipedia.org/wiki/Sirat_Sayf_ibn_Dhi_Yazan)) 29-10-2015.

esperándolo, pero la suerte te ha escogido a ti. Como se suele decir: "La cosecha no va a quienes la recogen, sino a los que la comparten." Mi espera ha sido en vano, y por eso estoy llorando.

- Límpiala para que la pueda ver bien, dijo entonces Baïbars.
- Lo haré esta noche, ven mañana a recogerla.
- No. Dijo Baïbars, quiero que la limpies en mi presencia, la tengo demasiado cariño como para dejártela.
- Nada temas, la suerte te la ha atribuido y sea como sea siempre la tendrás, aunque huyera a lo más profundo del mar. Por el Dios Único, el Altísimo, el Todopoderoso, el que ve y oye todo, yo no intentaría darte el cambazo por otra.

Baïbars se marchó bien contento a darse una vuelta por los zocos de Damasco hasta bien entrada la tarde.

Cuando volvió a su casa, la Dama de Damasco fue a su encuentro, y abrazándolo, le preguntó cómo había pasado el día:

- Esperemos que te hayas divertido bien.
- Tal y como tú lo has deseado, madre.

Se acomodaron para pasar la tarde. A la mañana siguiente, el emir Baïbars hizo sus abluciones, rezó y, en cuanto abrieron el zoco, partió con su esclavo a la tienda del persa. Éste había limpiado el *lett* y lo había colocado sobre un escaño. La gente, en apretadas hileras pasaba a admirarlo. Baïbars y el persa se saludaron. Baïbars se sentó cerca de la tienda y el persa le entregó el *lett*: un verdadero tesoro, resplandeciente como un espejo. Lo colocó sobre la balanza, y vieron que pesaba diez *ratls*<sup>1</sup>. Baïbars cogió un puñado de monedas de oro y se las dio al persa:

- Patrón, le preguntó, ¿es que aún le falta algo?
- Vete adonde el orfebre, y dile que me haga unas cadenas con incrustaciones de oro.
- ¿De qué haré las cadenas? ¿de oro, de plata o de cobre?
- El cobre es quebradizo, el oro maleable, y la plata está entre ambos: ni quebradizas, ni maleables, haz las cadenas de plata chapada en oro, de tres codos de largo; pues se dice que cuando Dummar hizo el *lett* le puso cadenas de siete codos, y pesaba veinte *ratls* de Damasco.

---

<sup>1</sup> Un *ratl* de Damasco equivale a 1850 gramos.

Y el narrador prosiguió así:

Baïbars se dirigió entonces al zoco de los orfebres y entró en la tienda del jefe de la cofradía.

- Hazme cuatro cadenas de plata chapadas en oro para mi *lett* y que cada una mida tres codos de largo, - le dijo<sup>1</sup>.

- Para hacer eso se va a necesitar mucho oro, Señor, - respondió el orfebre.

- No te preocunes, - le respondió Baïbars -, yo te proporcionaré todo lo que te haga falta.

El orfebre se puso a trabajar, y Baïbars volvió a casa del Hây Muhammad, el Devorador de Opio, que se levantó para darle la bienvenida.

- ¡Hoy te hemos echado de menos! -le dijo.

Baïbars le contó la historia del *lett*, y estuvieron charlando hasta por la tarde. Luego, Baïbars, tras rezar en la mezquita regresó a casa de Dama Fâtmeh.

A la mañana siguiente, el emir Baïbars se despertó de mal humor y se fue a recorrer los zocos de Damasco hasta llegar a la mezquita de los Omeyas. Entró, hizo la oración del mediodía, y al salir oyó a la gente que hablaba de él:

- Ha comprado una chatarra y la ha convertido en una joya.

Se fue entonces adonde el orfebre – la historia corría por todo Damasco – y cuando llegó, el *lett* ya estaba preparado: una auténtica maravilla. La muchedumbre se empujaba para poder admirarlo y cada cual daba su opinión:

- Ahí hay al menos cuatro *ratls* de plata y dos de oro...

Baibars abonó al orfebre el precio de su trabajo, junto con el del oro y la plata. Cogió el *lett*, lo sujetó a la cintura con las cadenas, y dejó que la maza colgara bajo su manto.

Este tipo de arma formaba parte de la panoplia de los truhanes, que la arrojaban, y una vez dado el golpe, la recogían gracias a las cadenas que sujetaban en sus manos.

El emir Baïbars volvió a casa de Dama Fâtmeh. Cuando entró, ella escuchó el tintineo de alguna cosa bajo su manto, y le dijo:

- ¿Qué llevas ahí debajo, hijo mío?

---

<sup>1</sup> Un codo de Damasco mide 66,5 cm.

- ¡Mira mi manto! - exclamó y la lanzó el *lett*, aunque lo retuvo con las cadenas en el momento en que iba a golpearla. Al ver esto, Dama Fâtmeh le dijo:

- ¡Pero hijo mío, eso es un arma de malhechores! Tú eres un muchacho elegante, de familia noble, ¿para qué necesitas eso?

- ¡Porque estoy loco, madre!

- Entonces que ella te de suerte, si Dios quiere, - le dijo. Tanto era el amor que le profesaba.

Desde ese día, Baïbars no volvió a salir por la ciudad sin el *lett* de Damasco bajo su manto. Todos los días iba a la tienda del Hâŷ Muhammad, el Devorador de Opio, y se entretenía con él. Por la tarde marchaba a la mezquita para hacer sus oraciones y regresaba a casa.



**Aquí la narración continúa en el próximo capítulo titulado  
“Los alegres cazadores del lago de los juncos”  
en donde se refiere cómo Baïbars  
se convierte en el mejor tirador de ballesta de todo Damasco  
y de cómo, en una partida de caza, le saca un ojo a uno de los cazadores  
que pretendía dejarle en ridículo ante sus compañeros.**

Próximamente en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)

## 9 - LOS ALEGRES CAZADORES DE LA LAGUNA DE LOS JUNCOS

